

CASA DE MUÑECAS de Henrik Ibsen

=====
Adaptación: Etlvino Vázquez

ACTO PRIMERO

1)

(Una cama matrimonial en el centro de la escena. A los lados dos mesas. Una donde Helmer trabaja sentado de espaldas al público. Sobre la mesa un reloj y un equipo de música. La otra mesa es el tocador de Nora. Sobre la mesa hay una muñeca, una caja de música, un joyero y una caja de bombones. Nora se sienta mirando al público)

(Helmer escribe en su mesa. Escucha música clásica. Suena la campana. Helmer pregunta sin levantar la cabeza)

HELMER.- ¿Ha venido mi alondra ?

NORA.- Si, es ella

HELMER.- ¿Es mi ardilla la que está enredando?

NORA.- ¡Si! *(Va por atrás y le paca los ojos a Helmer)*

HELMER.- ¿Hace mucho que ha llegado mi ardilla? *(Helmer detiene la música)*

NORA.- Ahora mismo. Ven. Mira lo que he comprado.

HELMER.- *(Se levanta)* ¿Has dicho comprado?

NORA.- Si

HELMER.- ¿Todo eso? ¿Se ha atrevido mi pajarito cantor a derrochar el dinero?

NORA.- Este año podemos excedernos un poco. Es la primera Navidad que no estamos en apuros.

HELMER.- Si, si, pero la situación no está como para derrochar.

NORA.- Un poco si que podemos. Un poco nada más, ¿verdad? Ahora vas a tener un buen sueldo, y vas a ganar muchísimo dinero... ¡Director de banco! *(Va y pone una música para bailar)*

HELMER.- Pero no cobraré ni un céntimo antes de tres meses. *(Nora comienza a hablar con él)*

NORA.- ¡Que importa ¡ Podemos pedir prestado.

HELMER.- ¡Nora! ¿Reincides en tu ligereza de siempre?... Suponte que hoy pido prestadas mil coronas, que las gastamos en Nochebuena, y que en Noche Vieja me cae una teja en la cabeza y me marchó de este mundo...

NORA.- ¡Que horror! No digas esas cosas.

HELMER.- Bueno; pero suponte que ocurriera. ¿Qué sería de ti y de los niños?

NORA.- Si sucediera semejante cosa, me daría igual tener deudas que no tenerlas.

HELMER.- ¿Y a los que me hubiesen prestado el dinero?

NORA.- ¡Quien piensa en ellos! Son personas extrañas.

HELMER.- *(Cesa de bailar)* Nora, sabes que soy enemigo de préstamos y de deudas. En las casas donde los hay se introduce una especie de esclavitud, un no sé qué muy desagradable. Hemos aguantado hasta ahora sin pedir prestado y seguiremos haciéndolo el poco tiempo que aun nos queda de ser pobres.

NORA.- En fin, como tu digas. *(Se separa. Para la música. Ella va a su mesa a quietar el abrigo)*

HELMER.- ¿Se ha enfurruñado mi ardillita? No quiero ver a mi alondra con las alas caídas. *(Va a buscar el sobre con el dinero)* ¿Adivina lo que tengo aquí?

NORA.- ¿Dinero?

HELMER.- ¡Dinero! Toma. ¡Si sabré yo lo que hay que gastar en una casa cuando se acercan las Navidades!

NORA.- Torvaldo, mí a miga Cristina Linde está muy interesada en ponerse a las órdenes de un jefe tan competente como tú. Nada más que se entero de que tú ibas a ser en nuevo director del Banco se apresuró a venir a verme. ¿Verdad, Torvaldo, que vas a hacer algo por ella?

TORVALDO.- No te preocupes, seguro que el encuentro algo.

NORA.- ¡Que bueno eres!

(Torvaldo se sienta en su mesa y se pone a trabajar. Nora va a su mesa. Cuenta el dinero y lo guarda)

NORA.- Con esto tengo para bastante.

NORA.- *(Va a la cama)* Ven aquí, que voy a enseñarte todo lo que he comprado. Y además, baratísimo. Aquí hay un sable; aquí un caballo y una trompeta, y aquí una muñeca con su camita, aquí...

HELMER.- Y en este paquete, ¿Qué hay?

NORA.- ¡No, eso no! ¡No puedes verlo hasta esta noche!

HELMER.- Conforme. Pero ahora dime, manirrota: ¿qué quieres para ti?

NORA.- ¿Para mí? No, no, yo no quiero nada.

HELMER.- ¡Faltaría más! Anda, dime algo que te apetezca, algo razonable.

NORA.- No sé... francamente. Aunque si...

HELMER.- ¿Qué?

NORA.- Si insistes en regalarme algo, podrías... podrías... *(Se acerca a él y lo abraza)*

HELMER.- Vamos, dilo.

NORA.- Podrías darme dinero.

HELMER.- ¿Dinero?

NORA.- Lo que buenamente puedas, y un día de estos me compro algo.

HELMER.- Pero, Nora...

NORA.- *(Cariñosa)* Y colgaré del árbol los billetes envueltos en papel dorado, ¿te parece bien?

HELMER.- ¿Cómo se llama ese pájaro que siempre está despilfarrando?

NORA.- El estornino, ya lo sé. Pero vamos a hacer lo que te he dicho. ¿No crees que es lo más acertado?

HELMER.- Por supuesto, si verdaderamente guardaras el dinero que te doy y compraras algo para ti. Pero luego resulta que te lo gastas en la casa o en cualquier tontería.

NORA.- ¡Qué exageración! ¡Son regalos para los niños!

HELMER.- No puedes negarlo. El estornino es encantador, pero gasta mucho... ¡Es increíble lo que le cuesta a un hombre mantener a un estornino!

NORA.- ¿Por qué dices eso? Si yo ahorro todo lo que puedo.

HELMER.- Eso si es verdad. Todo lo que puedes; pero lo que ocurre es que no puedes mucho.

NORA.- ¡Si tú supieras lo que tenemos que gastar las alondras y las ardillas! *(Están los dos sentados en la cama)*

HELMER.- ¡Eres una criatura bien original! Idéntica a tu padre. Haces verdaderos milagros por conseguir un dinero que después nunca se sabe a dónde va a aparar. En fin, habrá que tomarte tal como eres. Lo llevas en la sangre. *(Nora sonríe)* Si, si, Nora: no cabe la menor duda de que estas cosas son hereditarias.

NORA.- ¡Bien me hubiese gustado haber heredado esas cualidades de mi padre!

HELMER.- ¡Yo te quiero como eres, mi pequeña alondra! (*La besa*) Ahora que me fijo... tienes una cara... como de asombro...

NORA.- ¿Yo?

HELMER.- Ya lo creo. ¡Mírame a los ojos!

NORA.- ¿Qué?

HELMER.- ¿Qué diablura habrá cometido esta golosa en la ciudad? ¿No habrá hecho una escapadita a la confitería?

NORA.- No; te lo aseguro.

HELMER.- ¿No habrá chupeteado algún caramelo o roído un par de almendras?

NORA.- Que no; puedes creerme.

HELMER.- Pero, mujer, si te lo digo en broma.

NORA.- Comprenderás que no iba a hacer nada que te disgustara.

HELMER.- Claro, ya lo sé. Además, ¿no me lo has prometido? (*Sentados en la cama*) ¡Ay, mi pequeña niña! ¿Te acuerdas de la última Navidad? Te encerrabas todas las noches haciendo mil prodigios para el árbol.

NORA.- Es verdad; casi me parece una pesadilla.

HELMER.- ¡Ay, que alegría pensar que muy pronto disfrutaremos de una posición sólida, con un buen sueldo...!

NORA:- ¡Si, parece un sueño! Mira, te voy a contar cómo he pensado organizar la casa en cuanto pasen las Navidades... (*Nora le cuenta todo con mucha gesticulación. Música de Navidad. Suena la campanilla. Los dos quedan inmóviles mirando a un lateral*)

HELMER.- Si se trata de una visita, di que no estoy en casa.

(*Helmer vuelve a su escritorio. Nora, lentamente, va a su mesa. Se quita el collar. Por el fondo entra Krogstad*)

2)

NORA.- Torvaldo está convencido de que yo no valgo para nada, de que no conozco los sinsabores y dificultades de este mundo... de que soy una niña. Pero yo me siento orgullosa y satisfecha... Fui yo quien salvo la vida de Torvaldo. Hace meses cayó gravemente enfermo y los médicos consideraron indispensable que se marchara al sur, a Italia. El viaje costaba mucho y mi padre no nos dio nada, y fui yo la que consiguió el dinero. Una mujer casada no puede pedir prestado sin el consentimiento de su marido, pero había que salvarle y él no debía enterarse. Y pedí prestado, no tenía otra salida. Si Torvaldo se entera nuestra relación y la felicidad de nuestro hogar se irá a pique para siempre. (*Va a guardar el abrigo. Vuelve*) Pero ahora se acabaron las preocupaciones. ¡Ahora tendré dinero y podré pagar el préstamo sin que Torvaldo se entere! ¡Ahora ya me siento tranquila, absolutamente tranquila! ... Fui yo quien salvo a Torvaldo, yo, y ya no soy una niña. También sirvo para algo, ¿no?

3)

KRONGSTAND.- (*Habla al público*) Nora Helmer me ha pedido un prestado de cuatro mil ochocientas coronas para salvar a su marido que estaba gravemente enfermo. Y todavía no me ha devuelto todo el dinero. Ahora, además, a su marido, Torvaldo Helmer, le acaban de nombrar director del banco donde yo trabajo, y necesito que me suba de categoría, que me de un puesto mejor, y no el puesto de mala muerte que tengo ahora. Necesito ascender, progresar, llegar a ser un honrado funcionario.

4)

KROGSTAD.- Señora Helmer ...

NORA.- ¿Usted? ¿Qué quiere? ¿A que viene aquí?

KROGSTAD.- A hablar dos palabras con usted.

NORA.- ¿Conmigo?..¿Hoy? Pero si aún no estamos a primeros de mes.

KROGSTAD.- No, hoy es Nochebuena; y de usted depende lo que vayan a traer estas Navidades.

NORA.- Hágase cargo. Hoy no puedo de ninguna manera...

KROGSTAD.- Por ahora no vamos a hablar del prestamo. Se trata de otra cosa. Me figuro que podrá dedicarme un momento.

NORA.- Si, claro, por supuesto...

KROGSTAD.- Muy bien. Hoy estaba en el restaurante Olsen, y he visto pasar a su marido... con una señora. Me pareció que podía ser de la señora Linde

NORA.- Si, lo era.

KROGSTAD.- ¿Ha vuelto a la ciudad?

NORA.- Si, ha llegado hoy.

KROGSTAD.- ¿Y es amiga suya?

NORA.- Si; pero no veo qué...

KROGSTAD.- Yo también la conozco. Hace años tuvimos una relación, pero luego me abandonó y no tuve más remedio que casarme con otra mujer.

NORA.- Lo sé.

KROGSTAD.- Me lo suponía. Así, estará usted enterada de todo lo que pasó entre la señora Linde y yo. Entonces, ¿puedo hacerle una pregunta? (*Nora asiente con la cabeza*) ¿Es verdad que la señora Linde tendrá un empleo en el Banco?

NORA.- Señor Krogstad, ¿cómo se permite preguntarme eso, usted que es un subordinado de mi marido? Pero, ya que lo hace, voy a responderle. Es verdad: la señora Linde tendrá un puesto en el Banco, y además, soy yo quien lo ha conseguido.

KROGSTAD.- ¿Usted?

NORA.- Si, yo. Ahora ya lo sabe. Cuando se es un subordinado como usted, señor Krogstad, hay que obrar con un poco de tacto para no mortificar a una persona que...

KROGSTAD.- ¿...que tiene influencia?

NORA.- Eso es.

KROGSTAD.- Señora, ¿sería usted tan amable en emplear su influencia en mi favor?

NORA.- ¡Cómo! ¿Qué se propone?

KROGSTAD.- ¿Sería usted tan amable de ayudarme a que yo conserve mi empleo en el Banco?

NORA.- ¿Quién ha pensado en quitárselo?

KROGSTAD.- No hay para qué fingir. Comprendo muy bien que a su amiga, la señora Linde, no le guste tropezarse conmigo, y ahora, además, sé a quien debo agradecer mi despido.

NORA.- Le aseguro que yo no...

KROGSTAD.-Cálmese, señora. Todavía está usted a tiempo de impedirlo.

NORA.- Pero, señor Krogstad, yo no tengo ninguna influencia...

KROGSTAD.- ¡Ah! ¿No? Pues me parece que acaba usted de afirmar...

NORA.- Sin duda, no he querido decir que... ¿Cómo puede usted creer que yo tenga tanta influencia sobre mi marido?

KROGSTAD.- Conozco a su esposo desde que éramos estudiantes. Y dudo mucho de que el señor director sea más enérgico que otros maridos.

NORA.- Si sigue hablando despectivamente de mi esposo, puede ir usted cogiendo la puerta.

KROSGRAD.- Es usted muy valiente, señora.

NORA.- Ya no le tengo ningún miedo, señor Krogstad. Después de Año Nuevo me libraré de usted.

KROGSTAD.- Óigame, señora. Lucharé para conservar mi empleo en el Banco, como si se tratase de un asunto de vida o muerte. .

NORA.- Y en verdad que así lo parece

KROGSTAD.- Y no sólo por el sueldo, que es lo que menos me importa. Hay otra razón...; se la voy a decir. Usted sabe, como todo el mundo, que hace años cometí una imprudencia.

NORA.- Sí; algo de eso creo haber oído.

KROGSTAD.- Por suerte el asunto no llegó a los tribunales y, por suerte también, no perdí mi empleo. Pero en el acto se me cerraron todas las puertas, toda posibilidad de ascender, de llegar a ser alguien. Entonces me dediqué a los negocios que usted ya conoce. Pero hoy necesito salir de todo eso. Tengo que recuperar mi reputación. El empleo del Banco representa para mí el primer escalón y ahora resulta que su marido quiere arrojarme de él para que caiga nuevamente en el fango.

NORA.- Pero, por Dios, señor Krogstad; no está en mis manos ayudarle.

KROGSTAD.- Porque no quiere: pero cuento con medios para obligarla.

NORA.- ¿Será usted capaz de contarle a mi marido lo del préstamo?

KROGSTAD.- ¿Y si lo hiciera?

NORA.- Sería una infamia por su parte. Ese secreto es mi alegría y mi orgullo... saberlo él de una manera tan indigna y vergonzosa..., saberlo por usted, me traería terribles disgustos...

KROGSTAD.- ¿Sólo disgustos?

NORA.- Hágalo si quiere; y peor para usted... Así se dará cuenta mi marido de lo despreciable que es usted, y entonces sí que perderá su empleo.

KROGSTAD.- Acabo de preguntarle si solo disgustos matrimoniales lo que usted teme.

NORA.- No cabe duda de que, si mi marido se entera, pagará en el acto el resto de la deuda; y así de una vez nos veremos libres de usted.

KROGSTAD.- Oiga, señora... ¿es que no tiene usted memoria, o es que no entiende de negocios? Por lo que veo tendré que ponerla al corriente.

NORA.- ¡Cómo!

KROGSTAD.- Cuando su marido estaba enfermo, vino usted a pedirme prestadas cuatro mil ochocientas coronas...

NORA.- No conocía a nadie más...

KROGSTAD.- Yo prometí conseguirle ese dinero

NORA.- Y me lo consiguió.

KROGSTAD.- Pero bajo ciertas condiciones. Estaba usted tan preocupada por la enfermedad de su marido, y tan ansiosa por encontrar dinero para el viaje, que por lo visto no tuvo muy en cuenta los detalles. Por eso ahora me parece inoportuno recordárselos. (*Saca el recibo*) Usted firmó este recibo que yo mismo había redactado.

NORA.- Si, lo firmé.

KROGSTAD.- Mas abajo había yo agregado algunas líneas, donde se especificaba que su padre se hacía responsable de la deuda. Esas líneas debía firmarlas él mismo.

NORA.- ¿Debía, dice usted? Lo hizo.

KROGSTAD.- Dejé la fecha en blanco, para que la pusiera su padre cuando firmase. ¿Se acuerda usted?

NORA.- Si, creo que sí.

KROGSTAD.- Y después le di el recibo para que lo enviase por correo a su padre. ¿No fue así?

NORA.- Así fue.

KROSGATAD.- Naturalmente lo hizo usted de inmediato, por que a los dos días me devolvió el documento firmado. Y entonces yo le entregué el dinero.

NORA.- ¿Y no le he venido pagando con puntualidad?

KROGSTAD.- Más o menos. Pero, volviendo a lo de antes... Aquellos eran tiempos bastante difíciles para usted, ¿no? ...

NORA.- Lo eran, sí.

KROGSTAD.- Su padre estaba muy enfermo.

NORA.- Muriéndose.

KROGSTAD.- Y murió poco después.

NORA.- Sí

KROGSTAD.- ¿Recuerda usted, por casualidad, la fecha de su muerte?

NORA.- El veintinueve de setiembre.

KROGSTAD.- Exactamente. Por eso no acabo de explicarme cierta particularidad...

NORA.- ¿Qué particularidad?

KROGSTAD.- Resulta sorprendente que su padre firmara el documento tres días después de su muerte. ¿Puede explicármelo? También es extraño que la fecha dos de octubre y el año, no estén escritos por la mano de su padre, sino por otra mano, que creo reconocer... Bueno; eso es explicable. Puede que su padre se olvidara de fechar la firma y que lo haya hecho cualquiera antes de saber su muerte. En eso no hay nada de malo. Lo que importa es la firma. Es auténtica, ¿verdad? Lo firmo su padre, ¿no es cierto? ...

NORA.- *(Tras una pausa, levanta la cabeza y lo mira con resolución)* No, no fue él. Fui yo.

KROGSTADA.- ¿Se percató usted de lo grave que es esa confesión?

NORA.- ¿Por qué, si pronto va a usted a recibir todo su dinero...?

KROGSTAD.- ¿Por qué no envió este recibo a su padre?

NORA.- Era imposible: ¡estaba muriéndose! Si le hubiese pedido la firma, también habría tenido que explicarle en qué iba a invertir el dinero. ¿Y como iba a decirle, tan enfermo como estaba, que peligraba la vida de mi marido? Era imposible.

KROGSTAD.- En tal caso, lo mejor hubiera sido prescindir de ese viaje al extranjero.

NORA.- Ese viaje era la salvación de mi marido y había que realizarlo de todas maneras.

KROGSTAD.- ¿Y no se le ocurrió pensar que me estaba estafando?

NORA.- No podía pararme a pensar en esas cosas, y menos en usted. Lo único que sabía es que mi marido estaba en peligro.

KROGSTAD.- Es evidente que desconoce la gravedad de lo que yo hice, pero mi falta no es peor que la suya.

NORA.- ¿Qué la mía? ¿Quiere convencerme de que ha hecho algún sacrificio para salvar la vida de su mujer?

KROGSTAD.- A las leyes no les importan los motivos.

NORA.- Pues son unas leyes muy malas.

KROAGSTAD.- Malas o no... si yo presento este documento a las autoridades, la condenaran esas mismas leyes.

NORA.- ¿Es que una hija no tiene derecho a evitar angustias y preocupaciones a su viejo padre moribundo? ¿Acaso una esposa no tiene derecho a salvar la vida de su esposo? Yo no conozco las leyes a fondo; pero estoy segura de que en algún lugar se dirá que mi actuación fue lo que corresponde a una esposa y a una hija. ¿Usted no lo sabe? ¿Usted, que es abogado? Poco hábil me parece usted como hombre de leyes, señor Krogstad.

KROGSTAD.- Puede ser. Pero en negocios como los que tenemos usted y yo admita que soy bastante entendido, ¿no? Bien. Haga usted lo que quiera, pero, le advierto, si

me hunde por segunda vez irá usted a hacerme compañía. Adiós, señora. (*Sale. Nora se sienta en su mesa*)

NORA.- ¡Ha querido asustarme! Pero no soy tan tonta.. Claro que no lo hará. ... No es posible que suceda una cosa así. No puede ser. ¡Tengo tres hijos pequeños! El árbol va a quedar precioso... Hare todo lo que quieras Torvaldo... cantaré para ti, bailaré para ti...todo para ti...

5)

HELMER.- (*Se acerca a Nora lleno de contento*) Nora, el director saliente me ha dado plenos poderes para hacer cambios en el personal y en la organización del Banco. Y quiero que todo esté listo para Año Nuevo. ¡A trabajar! (*Vuelve a su mesa muy contento*)

NORA.- (*Se sienta en la cama*) ¿Torvaldo?

HELMER.- (*Sin dejar de trabajar*) ¿Qué?

NORA.- ¿Es realmente muy grave lo que hizo Krogstad?...

HELMER.- Ha falsificado firmas. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

NORA.- ¿Pudo hacerlo por hallarse en una situación de mucho apuro?

HELMER.- (*Se levanta de su mesa y va a la cama al lado de Nora*) O movido por la codicia, como otros. Lo importante es que muchos se rehabilitan confesando el delito y sufriendo el castigo.

NORA.- ¿Castigo?

HELMER.- Si; pero Krogstad no ha seguido ese camino. Se ha valido de trampas y artimañas, y eso es lo que le ha arruinado moralmente. Un hombre así tiene que estar siempre mintiendo y disimulando. No tiene más remedio que fingir en su propia casa, delante de su mujer y de sus hijos.

NORA.- ¿Estás seguro de eso?

HELMER.- ¡Claro! Como abogado, lo he comprobado en numerosas ocasiones. Casi todos los depravados, han tenido madres embusteras.

NORA.- ¿Por qué madres... precisamente?

HELMER.- Lo más frecuente es que sea por culpa de las madres; claro que el padre también influye en ese sentido. Bien lo saben todos los abogados. A pesar de saberlo, Krogstad, ha estado envenenando a sus hijos con mentiras y simulaciones. Por eso le considero moralmente arruinado. Y por eso, mi querida Nora, vas a prometerme no interceder más en su favor. ¡Dame tu mano! Pero, mujer, ¿a qué esperas...? ¡Dámela! Así. ¿Prometido? (*Nora afirma con la cabeza*) No podría trabajar con él. Me siento muy incomodo al lado de esa clase de gente.

NORA.- ¡Uf, qué calor hace aquí! ¡Voy a ver si hago algo!

HELMER.- ¡Ah, se me olvidaba, tengo esto preparado para colgar en el árbol

NORA.- ¿Más dinero?

HELMER.- ¡Mas dinero! ¡Ay, mi pajarillo cantor! Voy a echar una ojeada a estos papeles y luego me ocuparé de tu disfraz.

NORA.- ¡No hay nadie con un gusto tan exquisito como tú! (*Helmer se sienta en su mesa y se pone a trabajar. Nora vuelve al tocador. Puede contar el dinero*)

NORA.- ¡Pervertir a mis hijos!... ¡Envenenar mi hogar! ¡No, no es verdad!...

KORGSTAD.- Señora Helmer, no olvide que es su propio esposo quien me ha obligado a dar este paso. Y no se lo perdonaré nunca...nunca...

NORA.- ¡No... no puede ser! ¡Es imposible! ¡Tiene que ser imposible!

6)

HELMER.- Krogstad no puede continuar en el Banco. Ya he destinado su puesto a la señora Linde. En el Banco ya saben que voy a despedirlo. ¡Si llegara a hacerse público

que el nuevo director se había dejado influir por su mujer...! ¿Debo ponerme en ridículo delante de todo el personal?... ¿Debo permitir que gente piense que me dejo influenciar tan fácilmente? No. Muy pronto pagaría las consecuencias. Además hay otra razón por la cual es imposible que Krogstad siga en el Banco. Podría pasar por alto su talla mora. Máxime, cuando me han dicho que es un empleado bastante apto, pero le conozco desde que éramos jóvenes - Una de esas amistades hechas a la ligera y que después resultan muy molestas- y el descarado cree que eso le da derecho a tutearme.

KROGSTAD.- ¡Oye, Torvaldo! ¡Escucha, Helmer...!

HELMER.- Y eso me molesta a más no poder. No, Krogstad no puede continuar en el Banco.

ACTO SEGUNDO

=====

7)

(Torvaldo trabaja en su mesa. Nora, muy risueña, se sienta en la cama)

NORA.- ¡Torvaldo!

HELMER.- ¿Qué?

NORA.- Si tu ardilla te pidiera una cosa... ¿La harías?

HELMER.- Primero necesito saber de que se trata.

NORA.- Si quisieras ser bueno y complacerme, la ardillita brincaría de contenta. Tu alondra cantaría por toda la casa...*(Baila de pie en la cama)*

HELMER.- *(Se levanta de la mesa y se acerca a la cama)* Eso ya lo hace mi alondra todo el tiempo.

NORA.- Haría la sílfide y bailarías para ti a la luz de la luna. *(Cae tumbada en la cama, muerta de risa)*

HELMER.- Supongo que no se tratará de lo que me hablaste esta mañana.

NORA.- Si, Torvaldo... ¡Te lo pido por favor!

HELMER.- ¿Y te atreves a volver a hablarme de ese asunto?

NORA.- Anda, se complaciente. Deja que continúe Krogstad en el Banco.

HELMER.- ¡No puedo, Nora! ¡Ya he destinado ese puesto a tu amiga la señora Linde!

NORA.- Pues despide a otro empleado en lugar de Krogstad.

HELMER.- ¡Eres una testaruda! Como ayer hiciste una promesa sin recapacitar, ahora quieres que yo...

NORA.- No es por eso, Torvaldo. Es por ti. Puede hacerte muchísimo daño. Le tengo miedo....

HELMER.- Piensas en tu padre, ¿no?

NORA.- Si, no puedo olvidar lo que escribieron sobre él aquellos canallas. Si el Ministerio no llega a nombrarte para hacer la investigación, estoy convencida de que habrían acabado por destituirle.

HELMER.- Querida Nora, hay una gran diferencia entre tu padre y yo. Tu padre no era realmente un funcionario intachable. Yo, sí, y espero seguir siéndolo mientras ocupe ese cargo.

NORA.- Nadie sabe lo que son capaces de inventar las malas lenguas. Ahora que podríamos vivir tan tranquilos y tan felices... Por eso te suplico con tanta insistencia...

HELMER.- Precisamente porque eres tú, mi mujer, la que intercedes por él, me es imposible dejarlo en su puesto.

NORA.- Esas son razones mezquinas.

HELMER.- ¿Qué dices?... ¿Mezquinas? ¿Me crees mezquino?

NORA.- No, Torvaldo, todo lo contrario, y por eso precisamente...

HELMER.- Da lo mismo. Dices que mis motivos son mezquinos: entonces yo también lo soy. Mezquino, ¿verdad? Pues ya es hora de que esto se acabe.

NORA.- ¿Qué vas a hacer?

HELMER.- Ahora verá, señora terca. (*Le enseña una carta*) El despido de Krogstad. (*Se pone a escribirlo*)

NORA.- ¡No se lo des, Torvaldo, por favor! Todavía estás a tiempo. ¡Hazlo por mí, por los niños! Torvaldo, tú no sabes lo que esto puede acarreamos.

HELMER.- Nora, perdono tu ansiedad, aunque, en el fondo, constituye un insulto a mi persona.

NORA.- ¿Un insulto?

HELMER.- ¡Si! ¿Acaso no es un insulto pensar que puedo temer la venganza de un abogaducho sin escrúpulos? Te lo perdono, a pesar de todo, porque eso pone de manifiesto lo mucho que me quieres. Y así tiene que ser, querida Nora, pase lo que pase. Ya verás cómo soy lo bastante hombre para cargar, y solo, con toda la responsabilidad. .

NORA.- ¿Qué intentas decir con eso?

HELMER.- He dicho toda la responsabilidad....

NORA.- No, no puedo consentirlo.

HELMER.-De acuerdo; compartamos la carga... como marido y mujer. Como debe de ser. ¿Estás satisfecha? Pero, ¿qué pasa, mi niña? ¿Por qué pones esos ojos de paloma asustada? No son más que figuraciones tuyas, pura fantasía. Y ahora ponte a ensayar la tarantela. Puedes hacer todo el ruido que quieras. Yo me encerraré en mi despacho y no oiré nada. (*Vuelve a su mesa. Nora, desolada, se sienta en la cama. Krogstad habla la caja de música. Nora la mira*)

NORA.- Cuando era una niña, a quien más quería era a mi padre. Pero necesitaba escaparme a la habitación de las criadas; ellas no me reñían nunca, y además, siempre me contaban unas historias muy divertidas... Con Torvaldo me pasa lo mismo que con mi padre, pero ¿a donde escaparme ahora? (*Se levanta y va a su mesa. Cierra la caja de música. Se sienta*) Ya ha llegado el momento fatal. Pero no, no puede ser; eso no puede ocurrir! ¡Todo antes que eso! ¡Todo!

8)

KROGSTAD.- Ya han pasado dos años desde que falsifiqué las firmas en el Banco. Y ahora, cuando mi reputación se estaba regenerando, cuando me contentaba con subir poco a poco, Torvaldo Helmer me despide. Pero, no, yo necesito regresar al banco, prosperar, tener un cargo importante. ¡Y tengo que conseguirlo!

¡Sabrá que he recibido el finiquito!

NORA.- No pude evitarlo, señor Krogstad. He defendido con todas mis fuerzas su causa, pero no he conseguido nada.

KROGSTAD.- ¿Tampoco la quiere su marido? Sabe lo que puede suceder y a pesar de todo se atreve...

NORA.- ¿Por qué supone usted que él está al corriente?

KROGSTAD.- La verdad es que no lo supongo. No creo que mi amigo Torvaldo tenga valor...

NORA.- Señor Krogstad, le exijo que respete a mi marido.

KROGSTAD.- Si, si... todo el respeto que se merece. Pero dado que la señora pone tanto cuidado en ocultar el asunto, supongo que ahora estará mejor enterada de la gravedad de lo que ha hecho.

NORA.- Mejor enterada de lo que podía haberlo sido por usted.
KROGSTAD.- Sin duda; un abogaducho tan malo como yo...
NORA.- ¿Qué quiere de mí?
KROGSTAD.- Traigo una carta.
NORA.- ¿Una carta?
KROGSTAD.- Es para su marido
NORA.- ¿Se lo cuenta usted todo?
KROGSTAD.- En los términos más suaves.
NORA.- No quiero que lea esa carta. Rómpala, por favor. ¡Mi marido no puede enterarse!
KROGSTAD.- ¿Cómo va usted a impedirlo? ¿Puede pagar acaso el resto de la deuda?
NORA.- No; ahora mismo, no.
KROGSTAD.- ¿Acaso ha encontrado el modo de conseguir el dinero?
NORA.- No, no lo he encontrado.
KROGSTAD.- Tampoco le hubiera servido de nada. Ni por todo el dinero del mundo le devolvería el papel.
NORA.- Entonces, ¿que piensa hacer con él?
KROGSTAD.- Conservarlo, tenerlo como garantía para protegerme. De modo que si ha pensado abandonar su hogar...o algo peor todavía...deseche esas ideas.
NORA.- ¡Encontraré el dinero!
KROGSTAD.- Perdona, señora, pero acabo de decirle...
NORA.- No, no hablo del dinero que le debo. Dígame la cantidad que le exige a mi marido, y yo la buscaré.
KROGSTAD.- No le pido dinero a su marido.
NORA.- Entonces, ¿qué quiere usted?
KROGSTAD.- Quiero ascender, señora, quiero progresar, y su marido debe ayudarme. Tiene que crear un puesto en el banco para mí
NORA.- ¡Eso no lo hará en la vida!
KROGSTAD.- Lo hará; le conozco...Y sin pestañear. Antes de un año seré la mano derecha del director. Y quien en realidad dirigirá el Banco no será Torvaldo Helmer.
NORA.- ¡Eso no sucederá jamás!
KROGSTAD.- ¿Acaso quiere usted que no le de ...? (*Le enseña la carta*)
NORA.- ¡Haga usted lo que quiera! Ahora ya no le tengo miedo.
KROGSTAD.- ¡Oh! No crea que me asusta. Una mujer tan mimada como usted...
NORA.- ¡No me conoce usted, no me conoce!
KROGSTAD.- ¡Ni usted a mí! Pero no olvide que ahora la tengo en mis manos...Adiós, señora. Dejaré la carta en el buzón. Y se lo advierto. ¡Nada de tonterías!
(*Sale. Nora se sienta en la mesa*)
NORA.- Ahora Torvaldo va a saberlo todo. He falsificado una firma y no estoy loca; estoy en mi sano juicio. Ahora estamos perdidos. Va producirse un milagro. Y hay que impedir que se produzca.
KROGSTAD.- En cuanto Helmer lea mi carta, espero recibir noticias tuyas. Espero, también, volver al Banco. Y, sobre todo, espero volver a ser alguien.
9)
HELMER.- (*Se acerca silencioso a la mesa de Nora y le tapa los ojos. Ella grita*)
NORA.- ¡Torvaldo!
HELMER.- ¡Qué mala cara tienes! ¿Es que has estado ensayando el baile?
NORA.- No, no he ensayado todavía.
HELMER.- Pues deberías hacerlo...
NORA.- Si, pero sin ti no puedo dar un solo paso: lo he olvidado todo.

HELMER.- No te preocupes, pronto lo recordaremos.

NORA.- ¿Vas ayudarme? ¿Me lo prometes? *(El asiente con la cabeza)* Pero entonces se acabaron los negocios esta noche ¡No mas banco! ¡Vamos, dime que si!

HELMER.- Te lo prometo. Esta noche estoy a tu entera disposición, duendecillo. ¡Ah, me olvidaba! Primero tengo que ver una cosa *(Va como a salir)*

NORA.- ¿Que vas a hacer?

HELMER.- Ver si ha llegado alguna carta.

NORA.- No, Torvaldo, no lo hagas. .

HELMER.- ¿Por qué?

NORA.- Por favor, Torvaldo... No hay ninguna carta.

HELMER.- Déjame que mire.

NORA.- Si ahora no ensayas conmigo, no podré bailar mañana.

HELMER.- ¿Tanto miedo tiene mi pequeña alondra?

NORA.- Si, un miedo atroz. Ensayarás conmigo hasta el último minuto. ¿Me lo prometes, Torvaldo?

HELMER.- Pues claro...

NORA.- Hoy y mañana solo pensarás en mí. No quiero que abras ni una carta... ni el buzón... ni...

HELMER.- ¿Todavía tienes miedo a ese individuo?

NORA.- Si... todavía.

HELMER.- Lo estoy viendo en tu cara: hay una carta suya.

NORA.- No lo sé; creo que si... Pero no vas a leer una cosa así ahora... Ni una sombra debe de interponerse entre nosotros hasta que haya terminado el baile.

HELMER.- Se hará lo que quiera mi niña... Pero mañana por la noche, en cuanto hayas bailado...

NORA.- Quedarás libre. Y ahora fiesta y champan. *(Ella pone la música)* Y unos bombones... mejor dicho, muchos... ¡por una vez! *(Se sientan en la cama y, entre risas, comen bombones)*

HELMER.- ¡Bueno, ya está bien! *(El se levanta y apaga la música)* Sé mi niña de siempre. ...

NORA.- Si, Torvaldo, si, tu niña de siempre. *(Ella va a dejar los bombones en su mesa)* Pero ahora sal un momento

HELMER.- Pero, ¿por qué?

NORA.- Voy a probarme el disfraz y no quiero que me veas con él.

HELMER.- ¿No será que esperas...?

NORA.- No, solo es un miedo infantil. Anda, sal.

HELMER.- Está bien. Pero no tardes.

NORA.- *(Nora mira el reloj que está sobre la mesa de Helmer)* Las cinco. De aquí a medianoche quedan siete horas. Y luego, veinticuatro hasta la próxima medianoche. Entonces habré terminado el baile. Veinticuatro y siete, treinta y una. Tengo treinta y una horas de vida.

(Suela la campana. Nora mira hacia un lateral. Silencio. Oscuro lento)

ACTO TERCERO

=====

10

(Suela la música en la lejanía. La escena en penumbra. Krogstad mira al techo y a la cama de los Helmer)

KROGSTAD.- Los Helmer están en el baile de disfraces, mi carta en el buzón y yo soy como un náufrago agarrado a una tabla. Sin nadie por quien vivir, sin nadie por quien sufrir. La vida y el amor me han enseñado a no creer en frases, en palabras. ¿Y en hechos? ¡Ah! Si pudiera deshacer lo que hice. Si, aguardaré a que baje Torvaldo y le diré que tiene que devolverme la carta, que solo habla de mi despido, que no debe leerla. Pero no, no voy a pedirle la carta. Torvaldo tiene que saberlo todo. Nora y él tienen que hablar cara a cara, sin secretos ni mentiras, como un verdadero matrimonio. *(Desaparece la Tarantela)* La música ya está acabando. Pronto bajaran. No, no le pediré la carta, claro que no. Que Torvaldo vaya al buzón y se entere de todo.

11)

(Nora puede venir un poco borracha)

NORA.- No, no quiero marcharme tan pronto. Quiero subir otra vez.

HELMER.- Vamos, querida Nora...

NORA.- Por favor, Torvaldo. ¡Te lo suplico!... ¡Solamente una hora!

HELMER.- Ni un minuto, Nora. Ya sabes lo convenido. Vamos, entra. *(Nora entra y se tumba sobre la cama)* Maravillosamente bella, han dicho todos los invitados, pero tan testaruda como de costumbre. ¡Mi irremediable testaruda! *(Torvaldo se quita el abrigo.)*

HELMER.-¿Estás cansada?

NORA.- Si, tengo mucho sueño.

HELMER.- ¿Lo ves? Tenía razón para no quedarnos más tiempo en el baile.

NORA.- ¡Si! Tú siempre tienes razón en todo.

HELMER.- La alondra ya empieza a hablar como una persona. ¡Qué gusto volver a estar en casa, solo contigo...! ¡Oh, qué mujercita tan linda y tan deliciosa!

NORA.- ¡No me mires así, Torvaldo!

HELMER.- ¿Es que no puedo mirar a mi tesoro máspreciado? ¡Toda esta hermosura es mía y nada más que mía!

NORA.- No me hables así esta noche.

HELMER.- ¡Cómo se nota que aún te corre la tarantela en la sangre! Y eso te hace más seductora...

NORA.- Si, ya sé que sólo piensas en mi. Pero Vete, Torvaldo. No quiero verte así.

HELMER.- ¿Qué dices? ¿Te burlas de mí? Con que no quieres, ¿eh? ¿Soy tu marido?

NORA.- Si, pero déjame

HELMER.- Creo que los dos hemos bebido demasiado. .

NORA.- Torvaldo...¿qué vas a hacer?

HELMER.- Vaciar el buzón. No va a haber sitio para los periódicos de mañana...

NORA.- ¿Vas a trabajar esta noche?

HELMER.- No, esta noche no. Quiero estar contigo, mi adorada mujercita. Muchas veces quisiera que te amenazara algún peligro, para poder dar mi vida y mi sangre para protegerte. ¡Ay, mí adorada niña!

NORA.- Vete a por las cartas, Torvaldo.

HELMER.- Ahora mismo vuelvo.

NORA.- *(Nora le mira alejarse.)* ¡No volver a verle nunca más! ¡Nunca, nunca!*(Nora se levanta de la cama y va a su mesa. Abre la caja de música)* ¡Y los niños...¿ no verlos más a ellos tampoco?... ¡Oh! Ese abismo...ese abismo sin fondo...¡No! *(Coge el dinero e inicia la salida)*

KROGSTAD:- *(Deteniéndola)* Señora Helmer, no olvide que es su propio esposo quien me ha obligado a dar este paso.

NORA.- Cuando se ha pagado la deuda y te devuelven el recibo se ha acabado todo, y ya se puede romper en mil pedazos el maldito papel.

KROGSTAD.- Y no se lo perdonaré nunca... nunca...

NORA.- ¡Si todo hubiera pasado ya!... Ahora abre la carta, la lee... ¡Adiós, Torvaldo!... ¡Adiós, a ti y a los niños (*Inicia la salida*)

(*Va a salir, pero entra Helmer con una carta en la mano*)

HELMER.- ¡Nora! ¿Qué es esto?... ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA.- Sí, lo sé. ¡Y ahora, déjame que me marche! No quiero que me salves, Torvaldo.

HELMER.- ¡Luego, es verdad lo que dice la carta! ¡No, no es posible..., eso no puede ser!

NORA.- Es la verdad. Pero eres lo que más he amado en el mundo.

HELMER.- ¡Basta ya de tonterías! ¿Qué has hecho?

NORA.- Déjame marchar. No cargarás con el peso de mi culpa.

HELMER.- ¡Basta de comedia! ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Respóndeme! (*la coge de un brazo*)

NORA.- Me haces daño

HELMER.- ¿Te das cuenta?

NORA.- (*Mirándole fija, con una expresión creciente de rigidez.*) Sí; ahora es cuando realmente empiezo a darme cuenta... (*Va a sentarse en la cama*)

HELMER.- (*Cierra la caja de música. Se pasea enfadado*) ¡Durante ocho años... ella, mi alegría y mi orgullo... una hipócrita, una embustera... peor todavía, una criminal! (*Nora continúa mirándole fija, sin hablar. Deteniéndose ante ella.*) Debí de presentir que había de ocurrir algo por el estilo. Debí preverlo. Tu padre era un hombre sin muchos principios... Y tú has heredado esa manera de ser. Falta de moral, falta del sentido del deber. Merezco el castigo por mi benevolencia con su conducta. Lo hice por ti y así me lo premias. Has destruido mi felicidad. Has arruinado todo mi porvenir... ¡Oh! Da miedo pensarlo. Estoy en manos de un hombre sin escrúpulos que puede hacer de mí lo que quiera, exigirme lo que sea, sin que yo me atreva a rechistar. ¡Y verme hundido tan miserablemente por la ligereza de una mujer indigna!

NORA.- Cuando yo desaparezca del mundo, serás libre.

HELMER.- Déjate de frases huecas. Tu padre también las tenía siempre a mano. ¿De qué me serviría que abandonaras el mundo? De nada. Puede hacerse público el asunto, y entonces sospecharán que yo era cómplice de tu delito. Podrán pensar que fui el instigador, el que te indujo a hacerlo. ¡Y todo eso te lo debo agradecer a ti! ¡A ti, a quien he mimado hasta la exageración durante todo nuestro matrimonio! ¿Comprendes ahora el daño que me has hecho?

NORA.- (*Con fría tranquilidad*) Sí.

HELMER.- Es algo tan increíble, que no me cabe en la cabeza. Hay que pensar una solución. Hay que tapar el asunto, sea como sea. ¡Y quítate ese abrigo!... ¡He dicho que te lo quites!... (*Nora se quita el abrigo lentamente*) En cuanto a ti y a mí, seguiremos como si nada hubiese pasado: pero solo por salvar las apariencias. Seguirás viviendo aquí, como es lógico. Pero te prohíbo educar a los niños; no me atrevo a dejarlos en tus manos... Desde hoy no se trata ya de nuestra felicidad; se trata de salvar los restos, los despojos, las apariencias. (*Suena la campanilla. Helmer y Nora miran hacia un lateral y quedan inmóviles*)

12)

KROGSTAD.- ¡Buenas noches, Torvaldo!

HELMER.- Buenas noches, Krogstad.

HELMER.- Traigo una carta

HELMER.- ¿Otra?

KROGSTAND.- Es para tu mujer.

HELMER.- Está enferma, pero dámela. Soy su esposo y tengo derecho a leerla.

KROGSTAND.- Dile a Nora que un suceso feliz ha cambiado el rumbo de mi vida. Que he vuelto con la señora Linde, que es quien me va a sustituir en el banco. Curioso, ¿no? Cuando me abandonó hace años fue como si la tierra firme desapareciese bajo mis pies. Después me quede viudo, y me convertí en un naufrago agarrado a una tabla. Pero ahora se ha producido el milagro. Nos queremos y nos necesitamos el uno al otro. El conoce bien mi pasado y sabe que opinión tienen aquí de mí. A su lado me atrevo a afrontarlo todo. A su lado me convertiré en otro hombre totalmente rehabilitado. Ya tengo por quien vivir, un hogar al que llevar un poco de calor.

HELMER.- De eso estoy bien seguro, Krogstand.

KROGSTAND.- Espero que comprendas a que situaciones extremas me ha llevado la desesperación.

HELMER.- Lo comprendo muy bien. Krogstand.

KROGSTAND.-. Díle a Nora que me arrepiento de mi carta anterior. Le devuelvo el recibo. La deuda está saldada

¡Jamás en mi vida he sido tan feliz como ahora!

HELMER.- Buenas noches, Kogstand.

KORGSTAD.- Adios, señor director

13)

(NORA no se mueve. HELMER vuelve con la carta.)

HELMER.- ¡Nora! ¡Nora! ¡Estoy salvado! ¡Salvado! Te devuelve el recibo. Dice que se arrepiente...que un suceso feliz ha cambiado el rumbo de su vida... ¡Bah! Pero poco importa ahora lo que diga. ¡Estoy salvado, Nora! ¡Salvado! Todo ha sido una pesadilla y nada más. (Rompe la carta) Se acabó todo... ¡Y ahora fiesta y champan! (Pone la música. Va a la mesa de por lo bombones) Vamos a celebrar nuestra liberación repitiendo sin cesar: “Ya pasó, ya pasó”...Toma... (Se agacha a darle un bombón a Nora. Nora le rechaza. Cara compungida. El se levanta lentamente y va a parar la música. Deja los bombones) ¡Vamos! ¿Qué es eso... esa cara tan compungida?... Ya comprendo. Sí, Nora; te lo juro; estás perdonada. Ya sé que todo lo has hecho por el cariño que me tienes. Me has querido como una mujer debe querer a su marido. Sólo que no has sabido elegir los medios. ¿Crees que por eso te quiero menos, porque no has sabido guiarte sola?... No, apóyate en mí, y te guiaré. Y olvida las duras palabras que te he dicho cuando creía que todo se me venía encima. Te he perdonado. Nora: te juro que te he perdonado. (Nora inicia la salida.)

HELMER.- ¿A dónde vas?

NORA.- A quitarme el disfraz.

HELMER.- (La abraza) Y después a dormir tranquila, que mis amplias alas te protegerán. (Queda solo. Se pone el pijama. Pone la música. Se mete en la cama) Yo sabré tranquilizar tu pobre corazón de niña. Créeme, Nora, mañana lo verás todo de otra manera. Pronto la vida empezará a ser como antes y no tendré necesidad de repetirte todo el tiempo que te he perdonado. Lo advertirás por ti misma. ¡Ay, Nora, no conoces a un verdadero hombre. ¡Le es tan dulce perdonar a su propia mujer cuando lo hace de corazón! Es como si fuese dos veces suya, y ya no ve en ella sólo a su mujer, sino también a su hija. Eso es lo que vas a ser para mí a partir hoy, criatura inexperta. No tienes que temer nada, Nora. Yo supliré tu falta de voluntad y de conciencia. Pero ¿como? ¿No te acuestas? ¿Has vuelto a vestirte?

NORA.- Si, Torvaldo, he vuelto a vestirme.

HELMER.- ¿A estas horas? ¿Para qué?

NORA.- No pienso dormir aquí esta noche

HELMER.- Pero, Nora....

NORA.- Torvaldo, tenemos que hablar. (*Puede apagar la música*) Escucha atentamente todo lo que voy a decirte. Y, por favor, no me interrumpas. Llevamos casados ocho años y, en todo este tiempo, posiblemente sea esta la primera vez que vamos a hablar en serio, como marido y mujer. Desde hace más de ocho años, desde que nos conocimos, nunca hemos tenido una verdadera conversación. Solo he podido hablar contigo de pequeños problemas y preocupaciones, pero jamás hemos tomado juntos una decisión, nunca hemos llegado al fondo de las cosas. Y me parece que sé porque: Tú no has querido comprenderme nunca. Eres como él, los dos habéis sido muy injustos conmigo: primero mi padre y luego tú.

HELMER.- ¿Cómo? ¿Nosotros? Pero ¿hay quien te haya querido más que tu padre y yo?

NORA.- En el fondo sé que mi padre no me quería. Tú, tampoco. Solo fui un capricho para los dos. .

HELMER.- Pero, Nora, ¿qué palabras son esas?

NORA.- La pura verdad, Torvaldo. Cuando vivía en casa de mi padre tenía que compartir sus opiniones, y nunca pude negarme a sus proyectos. Si tenía mi parecer, lo ocultaba, por miedo a disgustarle. Me trataba como a una princesita; desde pequeña, rodeada de muñecas. Así él también podía jugar con su muñequita: conmigo. He sido la muñeca de tu casa, como fui la muñequita en casa de mi padre. Cuando tuve la edad, te casaste conmigo, me trajiste a tu casa y pasé, sin darme cuenta, de las manos de mi padre a las tuyas. Y aquí era lo mismo: todo se arreglaba según tu gusto. Yo estaba siempre de acuerdo contigo, o lo fingía. Cuando miro hacia atrás, me parece que he vivido en esta casa como una mendiga, de prestado, sin saber que sería de mi el día de mañana. He vivido para divertirme cuando necesitabas distracción, y he callado cuando venías cansado, para no molestarte. Eso es todo lo que se hacer: estar alegre o callar. Mi padre y tú nunca me necesitasteis para nada más.

HELMER.- ¡Qué injusta y desagradecida eres! ¿No has sido feliz aquí?

NORA.- No, nunca. A veces creí serlo; pero ahora comprendo que me engañaba. Ya ves lo que ha sido nuestro matrimonio, nuestro hogar, una casa de muñecas. (*Abre la caja de música que suena*) No puedo quedarme contigo. Necesito estar sola. Necesito tiempo para pensar, y para eso tengo que dejarte. (*Puede comenzar a preparar una pequeña maleta*)

HELMER.- ¿Qué dices? ¿Has perdido el juicio? ... ¡No te lo permito! ¡Te lo prohíbo!...

NORA.- Después de lo que ha pasado, es inútil que me prohíbas nada. No quiero llevarme nada tuyo, no podría. (*Le devuelve el dinero*)

HELMER.- ¿De modo que estás dispuesta a renegar de tus sagrados deberes?

NORA.- ¿A qué llamas tú mis sagrados deberes?

HELMER.- Los deberes con tu marido y con tus hijos.

NORA.- Tengo otros deberes no menos sagrados.

HELMER.- ¿Qué deberes son esos?

NORA.- Los deberes conmigo misma.

HELMER.- Ante todo eres esposa y madre.

NORA.- Ante todo creo que soy un ser humano, con los mismos derechos que tú.

HELMER.- Supongo que tendrás algún sentido moral ¿O es que tampoco lo tienes?

NORA.- Lo único que sé es que mis ideas son del todo diferentes a las tuyas y que las leyes no son como yo pensaba.

HELMER.- Hablas como una niña. No comprendes nada de la sociedad en que vives.

NORA.- Es verdad. No comprendo nada. Pero estoy segura de que la razón la tengo yo y no la sociedad.

HELMER.- ¿Y con esa lucidez y esa seguridad abandonas a tu marido y a tus hijos?

NORA.- Sí.

HELMER.- Entonces no hay más que una explicación posible.

NORA.- ¿Cuál?

HELMER.- Que ya no me amas.

NORA.- No, ya no te amo.

HELMER.- ¿Y me lo dices así?

NORA.- Lo lamento, Torvaldo, porque siempre has sido bueno conmigo... Pero ya no te quiero.

HELMER.- ¿Y puedes explicarme cómo he perdido tu amor?

NORA.- Ha sido esta noche, al ver que no se realizaba el milagro esperando. Entonces comprendí que no eras el hombre que yo me imaginaba.

HELMER.- ¿Qué quieres decir?

NORA.- Cuando la carta esperaba en el buzón, ni remotamente me figuraba que podías someterte a las exigencias de ese hombre. Estaba convencida de que le dirías: "Vaya y cuénteselo a todo el mundo." Y cuando hubiera sucedido eso, tenía la absoluta seguridad de que habrías dicho: "Yo soy el culpable"

HELMER.- ¡Nora!

NORA.- ¿Vas a añadir que yo jamás habría aceptado un sacrificio semejante? Claro que no. ¿Pero de qué habrían valido mis afirmaciones al lado de las tuyas?... Y era ese el milagro que esperaba con tanta angustia. Y para evitarlo hasta llegué a pensar en suicidarme.

HELMER.- Nora, por ti hubiese trabajado día y noche, hubiese soportado penalidades y privaciones. Pero no hay nadie que sacrifique su honor por el ser amado.

NORA.- Lo han hecho miles de mujeres a lo largo de la historia.

HELMER.- ¡Oh! Hablas y piensas como una chiquilla.

NORA.- Puede ser. Pero tú no piensas ni hablas como un hombre. Cuando te has repuesto del primer sobresalto, no por el peligro que me amenazaba, sino por el riesgo que corrías tú; cuando ha pasado todo, era para ti como si no hubiese ocurrido nada. Volví a ser tu alondra, tu muñequita, un ser frágil y endeble... Y en ese mismo instante me he dado cuenta de que había vivido ocho años con un extraño. Adiós, Torvaldo. No quiero ver a los niños... Dada mi situación, no puedo ser una madre para ellos.

HELMER.- Eres mi esposa y su madre, pase lo que pase.

NORA.- Pero no te preocupes, la mayoría de los hombres estarán de tu parte. Hasta las leyes te darán la razón: cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, el marido queda eximido de cualquier compromiso con ella. No hace falta que esté escrito: yo misma renunciaría si tuviera alguna obligación. No quiero que te sientas ligado a mí a partir de ahora. Que nada nos una. Libertad plena de una parte y de otra. Toma, aquí tienes tu anillo. Dame el mío.

HELMER.- ¿También eso?

NORA.- Sí.

HELMER.- Aquí lo tienes.

NORA.- Bien. Ahora todo ha acabado. (*Se dispone a salir*) Adiós, Torvaldo.

HELMER.- Nora, ¿puedo escribirte?

NORA.- ¡No, jamás! Te lo prohíbo

HELMER.-...y ayudarte, en caso de que lo necesites.

NORA.- He dicho que no, pues no aceptaría nada de un extraño

HELMER.- Pero... ¿ya sólo seré un extraño para ti?

NORA.- ¡Ay, Torvaldo! Tendría que realizarse el mayor de los milagros

HELMER.- Dime cuál

NORA.- Tendríamos que transformarnos los dos hasta el extremo de... ¡Pero ya no creo en los milagros!

HELMER.- Pero yo sí quiero creer en ellos. Di: ¿transformarnos hasta el extremo de...?

NORA.-... hasta el extremo de de convertirnos en un verdadero matrimonio. Y yo, en un ser libre. Adiós. *(Puede encender nuevamente la música. Suena algo fuerte)*

HELMER ¡Nora, Nora! Nada. Ha desaparecido para siempre. ¡El mayor de los milagros!...